

# Cuestión femenina y literatura en el siglo XIX

Briseida Allard

Hace ya un siglo que, en 1887, publicó Benito Pérez Galdós la novela *Fortunata y Jacinta*. Perteneciente a la serie de novelas españolas contemporáneas, atiende a la descripción de la sociedad madrileña de finales del siglo XIX con una técnica realista cercana al naturalismo<sup>1</sup>. Pérez Galdós, intelectual liberal comprometido con los dilemas y contradicciones de la España que le tocó vivir, fue el autor de lengua castellana que trató con mayor intensidad aspectos fundamentales de la condición femenina.

Parte sustancial de su ingente obra tiene a la mujer (generalmente la de clase media) como su central protagonista y eje problemático. Este hecho no parece ser casual si tenemos en cuenta que, para la época en que Pérez Galdós escribe, ya la cuestión de la emancipación femenina se había convertido en un asunto político de primera importancia en varios países europeos y EEUU. En ellos, el protagonismo histórico de las mujeres, además de ser un hecho clave, constituye una evidencia. La naturaleza de esta cuestión, desde luego, varió mucho de un país a otro y de una época a otra. En el caso específico de España, el retraso de su desarrollo socio-político entrañó el tardío debate en torno a la incorporación de los nuevos mapas sociales en la arena política. Los términos de este debate podrían explicar, en parte, los contenidos narrativos galdoseanos. En todo caso, en el centenario de una obra literaria que, aún dentro de sus limitaciones, contribuye a denunciar la marginalidad y opresión de las mujeres, bien valen algunas reflexiones, apenas aproximativas, acerca de esa cuestión compleja y apasionante que constituye el afloramiento de la cuestión femenina en el arte.

Con razón ha dicho Ernesto Sábato que "el siglo XIX no sólo culminó en la idea de que el hombre que viajaba en ferrocarril era moralmente superior al hombre que andaba a caballo; culminó en la doctrina más inesperada de todos los tiempos: en la identidad de los sexos"<sup>2</sup>. En efecto, en el curso del siglo XIX, las fuerzas económicas y sociales en juego en Europa occidental y EEUU comenzaron a comprometer las funciones sociales tradicionales, dentro de un rápido crecimiento de la población europea. Aunque el momento de aparición de estos fenómenos varía de un país a otro, en términos generales, las clases medias profesionales e industriales comenzaron a asumir un papel cada vez más des-

tacado en la vida política y social; esto ocurre dentro de una redefinición de "lo virtuoso" en términos que capacidad y realizaciones (meritocracia individualista)<sup>3</sup>. Es la época de la difusión del anticlericalismo, la masonería, la filantropía y los movimientos sociales liberales reformistas. Ahora bien, ¿qué relación guardan con el cambio histórico señalado la dimensión de la experiencia y su dinámica básica, esto es, la relación entre los sexos? En esta perspectiva, asunto fundamental resultaron los cambios provocados por el capitalismo en las modalidades que asumía el patrón familiar tradicional<sup>4</sup>. Los cambios en la mentalidad social con respecto a la sexualidad generan una alteración fundamental de las relaciones sexuales y románticas entre hombres y mujeres. Si bien la propagación de nuevas conductas sexuales fue desigual entre clases y

grupos sociales, la mujer fue ganando, no sin dificultades, una influencia creciente sobre la sexualidad y la reproducción dentro de matrimonio —"ese primer modelo de sociedad política"— como expresara Rousseau<sup>5</sup>.

Porque la historia de la mujer está indisolublemente unida a la historia de la familia, es posible valorar, en un tiempo en que las mujeres no eran miembros de pleno derecho de la sociedad por la sola circunstancia de ser mujeres, cómo tales cambios en la ideología, las mentalidades y estructuras socio-familiares redefinen el papel de ellas. La visión tradicional y ciertas imágenes estereotipadas femeninas empiezan a ser desde entonces, cuestionadas. En verdad, el principio de los derechos individuales fue crucial para el surgimiento de una praxis crítica al orden patriarcal. La ideología liberal fue importante en el primigenio cuestionamiento de la opre-

La autora es panameña, profesora en la Universidad Nacional de Panamá.

<sup>1</sup> Según Hauser, es muy difícil —"cuando no justamente desconcertante"— separar el movimiento artístico que caracteriza la segunda mitad del siglo XIX, en las llamadas fases 'realista' y 'naturalista', dicotomía que "no hace más que complicar la cuestión y colocarnos ante un falso problema". Arnold Hauser: *Historia social de la literatura y del arte*, t. 3, p. 76; Labor, Barcelona, 1983.

<sup>2</sup> Ernesto Sábato: *Hombres y engranajes. Heterodoxia*, p. 97; Alianza Editorial, Madrid, 1980.

<sup>3</sup> Cf. E.J. Hobsbawm: *La era del capitalismo*; Guadarrama, Barcelona-Madrid, 1981.

<sup>4</sup> Cf. Angus McLaren, "El trabajo de la mujer y la regulación de la familia: la cuestión del aborto", en Mary Nash (ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*; Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984.

<sup>5</sup> Cf. Linda Gordon, "Maternidad voluntaria: inicios de las ideas feministas en torno al control de la natalidad en los EEUU", y Edward Shorter, "La ilegitimidad, la revolución sexual y los conocimientos populares sobre el control de la natalidad en Europa", en Nash; *op. cit.*



sión femenina, teniendo en el ensayo *The subjection of women* (1869), de John Stuart Mill, la declaración clásica de la aplicabilidad del credo liberal a las mujeres, prefiguradas en el libro de Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos de la mujer* (1796)<sup>6</sup>.

### Por vez primera

Es así como las expresiones predominantes del feminismo decimonónico aparecen vinculadas a los grupos y causas liberales, pero sostenidas por un nuevo grupo de mujeres, en rápida expansión, cuyo modo de vivir tenía muy poco que ver con el de las mujeres del pasado.<sup>7</sup> El advenimiento político-ideológico de la clase obrera también permea buena parte del movimiento feminista contribuyendo a decantar problemas específicos de las mujeres po-

bres<sup>8</sup>. No obstante las mejoras y las reformas que los regímenes liberales proporcionaron a la condición femenina, las reglas normativas de su comportamiento y carácter —la moral victoriana— siguieron siendo estrictas y limitantes. En verdad, al redefinir la naturaleza de la opresión femenina, oscurecen los diferentes mecanismos del poder patriarcal-capitalista<sup>9</sup>. A finales del siglo, las dificultades para lograr cambios legales y formales en materia de educación, acceso a la propiedad y o mayores oportunidades de control sobre

<sup>8</sup> Véanse Auguste Bebel: *La mujer y el socialismo*; Fontamara, Barcelona, 1976, y Evans, *op.cit.*, pp. 167-220. Cf. el estimulante artículo de Bárbara Taylor, "Feminismo socialista: ¿utópico o científico?", en Raphael Samuel, ed.: *Historia popular y teoría socialista*; Crítica, Barcelona, 1983.

<sup>9</sup> Cf. Judith Astelarra, "Mujer y política", *Revista mujeres*, N°4, Madrid, 1984. El término "patriarcalismo capitalista" acuñado por Zillah Eisenstein, conceptúa "la economía política de la sociedad, no únicamente uno o el otro (patriarcalismo o capitalismo), sino una combinación muy particular de los dos". Véase "Hacia el desarrollo de una teoría del patriarcalismo capitalista y el feminismo socialista", en Varias: *Teoría feminista* (selección de textos), Ediciones de CIPAF, República Dominicana, 1984.

su sexualidad llevan a las mujeres masivamente, por vez primera, a la lucha política por el derecho al voto. Ocurre entonces la conexión entre la lucha de las mujeres y una conciencia feminista, vale decir con el movimiento destinado a superar la dominación estructural de un sexo por el otro<sup>10</sup>.

Aquel "inesperado" suceso decimonónico que constituye la búsqueda de la igualdad sexual es parte de la revolución cultural que conmovió a ese siglo. La diversa complejidad que esta situación trajo aparejada, tanto a la estructura como a las mentalidades sociales, se revela significativamente en la literatura decimonónica<sup>11</sup>. Decía Eugene Pelletan, liberal francés de ese período: "preferimos la prosa que en virtud de su libertad de movimiento, se adecúa más a los instintos de la democracia"<sup>12</sup>. En efecto, la literatura, al asignar y reconocer la sociabilidad como objeto propio, se llena de inquietudes morales que, tanto como reflejo de la posición del autor, trasunta el ambiente ideológico y los afanes de la colectividad. Así, al no poder obviar la transcendencia de los profundos cambios sobrevenidos en las jerarquías sociales, la literatura del siglo XIX configura a su modo la referida

<sup>10</sup> Cf. Evans: *op. cit.*, pp. 45-166 y Astelarra: *op.cit.*, para precisar el significado histórico-político de ese acontecimiento.

<sup>11</sup> En esta situación todavía la obra literaria como creación artística representa el punto de encuentro entre la conciencia individual y la colectiva, suministrando a los miembros del grupo, en el plano de lo imaginario, una satisfacción que debe y puede compensar las múltiples frustraciones causadas por los compromisos y las inconsecuencias inevitables impuestas por la realidad. Lucien Goldmann: *La creación cultural en la sociedad moderna*; Fontamara, Barcelona, 1980.

<sup>12</sup> Citado por Hobsbawm: *op. cit.*, p. 410.

### VOLADOR (DE LUZ)

"Yo le pediría al general Matthei, con gran respeto, que tenga una opinión definida sobre algún tema, porque no tiene ningún sentido que cada dos o tres semanas ustedes nos estén preguntando qué opinamos de las últimas declaraciones del general Matthei. Como cambia mucho de opinión...

Hemos luchado por una elección libre en la forma en que ahora le parece adecuada al general Matthei. Lo pudo haber dicho hace un año atrás.

No nos engañemos. Va a haber un candidato que va a ser Augusto Pinochet, va a haber un plebiscito entre el sí y el no, y lo vamos a derrotar, y en eso estamos trabajando. Todo lo demás son voladores de luces."

Ricardo Lagos; *La Epoca*, Santiago de Chile, 11 de mayo de 1988.

rebelión de las mujeres. La temática femenina, principalmente en la segunda mitad del siglo<sup>13</sup>, fue un resultado orgánico, casi necesario del surgimiento de la expansión y de la profundización del acontecer histórico. Cabe, en ese sentido, la expresión de Madame de Staël: "lo que se admira como arte se introduce en la vida real".

### La forma más primitiva

Una cronología de la temática femenina en la literatura del siglo XIX parece evidenciar con bastante fidelidad la evolución del develamiento social de las angustias de la condición femenina. Es precisamente en Francia, donde la participación de las mujeres en el cataclismo revolucionario fue inusitado por lo inédito de su dimensión<sup>14</sup>, donde es posible encontrar voces y letras de mujeres como Ana Germana Necker, baronesa de Staël, de Lucile Aurore Dupin o George Sand, de Flora Tristán, que desgarran el velo y dan cuenta de que "el sexo es la forma más primitiva y telúrica del poder"<sup>15</sup>. Así, la pionera *Delphine* (1802), de Madame de Staël, plantea el derecho femenino al amor en libertad; la *Lélia* (1832), de George Sand, es la primera en señalar más abiertamente problemas erótico-sensuales femeninos; o las propias viscisitudes de Flora Tristán, confesadas en su *Peregrinaciones de una paria* (1838)<sup>16</sup>. Eran los tiempos cuando todavía no pedían derechos políticos para las mujeres, sólo la igualdad civil y la igualdad sentimental. Son mujeres descubriendo la opresión, primero sobre su cuerpo, sobre su sexua-

lidad, quienes subliman este "extravío" clamando: "es el amor golpeando con su frente ciega todos los obstáculos de la civilización" (Sand). Esta denuncia temprana va quedando paulatinamente ahogada, a medida que las "disidentes" voces femeninas van siendo acalladas. Triunfan los tipos stendhalianos contrastados entre dos ideales de mujer, una enérgica, rebelde, singular—encarnada en Matilde de La Mole, en la Diana de Maufrigneuse o en la tardía Ana Karenina de Tolstoi— la otra, sensible, amante y maternal, como Madame de Renal o Kitty Lióvina. También se vuelve recurrente el tema de la muchacha "caída" redimida o la prostituta noble, de corazón puro que aparece en obras de Víctor Hugo, Eugenio Sue, Alejandro Dumas, Balzac o Dostoyevski<sup>17</sup>.

Es evidente cómo a partir de la segunda mitad del siglo empiezan a dominar en el mundo narrativo los pormenores de la cotidianidad, lo ordinario, lo doméstico, en fin la esfera privada de la vida social. Lo que Lukács llamó despreciativamente "la privatización general en la visión de sociedad e historia"<sup>18</sup>. En todo caso, ya sabemos que tanto la vida cotidiana como las mujeres—símbolo por excelencia de la vida cotidiana— habían empezado a rebelarse. A medida que transcurren los años cobra vida en la literatura una

imagen de mujer más cercana a la real, definida cada vez por las particularidades que debe a la situación contingente en que se encuentra colocada. En verdad, una mujer que más que existir se va produciendo. Si el hacer de las mujeres, como grupo cultural, se instala en lo privado, no debe sorprender la preminencia de situaciones menos grandiosas, es cierto, pero también menos episódicas, en el arte literario de este período.

### Un caso excepcional

Bien decía Flaubert que "no son las perlas las que hacen el collar, es el hilo". En efecto, nunca como ahora se habían develado los entretelones de la vida diaria, sus entrañas determinantes, lo que no se encuentra a flor de piel. La doble moral, el divorcio, el fracaso conyugal de matrimonio sin amor, el autoritarismo familiar, los conflictos generacionales, el mundo infantil, los reclamos igualitarios de mujeres sensibles o, simplemente, la mujer apasionada que, por serlo, rompe barreras convencionales, son asuntos que aparecen invariablemente, de una forma u otra, en la literatura de la época. Allí están, entre otras, *El divorcio* y *Un corazón de Mujer*, de Bougert; *Carmen*, de Marimé; *Una lección de matrimonio* y *La madrastra*, de Balzac; *El hogar*, de Sudermann; *Casa desolada*, de Dickens; *Mundillo antiguo*, de Fogazzaro; *Naná*, de Zola. Estas obras denuncian el poder brutal y destructor de la personalidad humana en el *ancien regime*, confiriendo a las protagonistas femeninas

<sup>13</sup> "El siglo XIX, o lo que por tal solemos entender, comienza alrededor de 1830. Durante la Monarquía de Julio, y no antes, se desarrollan los fundamentos y los perfiles de este siglo, el orden social en que nosotros mismos estamos arraigados, el sistema económico cuyos principios y antagonismos perduran hoy todavía, y la literatura en cuyas formas nos expresamos hoy por lo general". Hauser: *op. cit.*, p. 6.

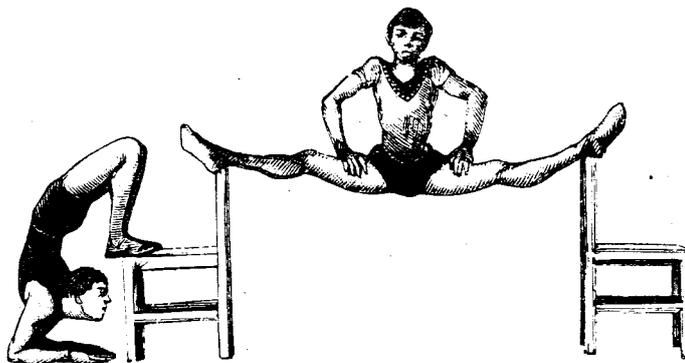
<sup>14</sup> Cf. Albert Soboul: *Comprender la revolución francesa*; Crítica, Barcelona, 1983. También Andrée Michel: *El feminismo*; Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

<sup>15</sup> La expresión es de Ernesto Sábato.

<sup>16</sup> Véanse Andre Maurois: *Lélia o la vida de George Sand*; Alianza Emece, Madrid, 1973 y Jean Baelen: *Flora Tristán. Feminismo y socialismo en el Siglo XIX*; Taurus, Madrid, 1973. Para una reseña de la labor literaria de Madame Staël, véase Mirta Aguirre: *El romanticismo de Rousseau a Víctor Hugo*; Letras Cubanas, La Habana, 1973.

<sup>17</sup> Véanse Hauser, *op. cit.*, y Mirta Aguirre: *El romanticismo de Rousseau a Víctor Hugo*; Letras Cubanas, La Habana, 1973.

<sup>18</sup> G. Lukács: *La novela histórica*, p. 40; Siglo Veinte, Buenos Aires, 1966.



ese brillo fascinante, ese halo heroico, esa trágica grandeza humana. En ese sentido cobra particular relieve el cuestionamiento de los valores del patriarcado pre-moderno, haciéndose patente la estrecha relación que prevalece entre el progreso y la perspectiva del futuro de la sociedad burguesa<sup>19</sup>.

Es sabido que la categoría de una obra literaria la marca siempre sobre todo "la categoría de su personaje central, su modo de ser hombre o de ser mujer, de definirse y de producirse ante el mundo o simplemente ante su mundo"<sup>20</sup>. La literatura decimonónica va cristalizando una especie de personaje femenino problemático, víctima sujeta a valores degregados en un mundo ya no conformista ni tradicional<sup>21</sup>. Este fenómeno lo apreciamos desde la anticipatoria *Madame Bovary* (1856), "ese primer personaje sin remordimiento que no ostenta cinismo y cree que lo que hace se justifica por sí mismo"; pasando por *Casa de muñecas* (1879) de Ibsen, y llega a su punto culminante, a mi juicio, con la magnífica obra de Henry James, *Las bostonianas* (1886), uno de los primeros testimonios del feminismo en acción y posiblemente el primer retrato literario de una relación amorosa entre dos mujeres. Las evidencias parecen señalar que esta evolución puede ocurrir sólo en aquellas sociedades con un determinado grado de desarrollo social, impactadas además por la extraordinaria floración de movimientos sociales urbanos, esas "acciones colectivas conscientes destinadas a transformar los intereses y valores sociales insertos en las formas y funciones de una ciudad

históricamente determinada"<sup>22</sup>, entre los que es cuenta la protesta organizada de mujeres de finales de siglo.

En este sentido, Inglaterra constituye un caso excepcional. Si bien es en Inglaterra donde se manifiestan los primeros brotes de lo que había de constituir un vasto movimiento europeo de renovación de cánones estéticos<sup>23</sup>, siendo más adelante cuna de unos de los más significativos movimientos femeninos, su literatura es incapaz de participar en el gran descubrimiento colectivo que evidencia la evolución artística comentada. El análisis de la vida intelectual inglesa permite ligar la situación literaria al proceso más general de la evolución de conjunto de la sociedad británica y explicar la extraordinaria estabilidad y continuidad del sistema de valores<sup>24</sup>, de esas formas culturales tan represivas que impregnaron el ideal victoriano de la femineidad o, lo que es lo mismo, de la esfera privada de la sociedad. Al que intentan contrariar los sublimados amores de los personajes femeninos de Jane Austen, Charlotte Brontë, Grace Poole y George Eliot, esas magníficas mentes que no tomaron parte en el movimiento feminista y deliberadamente se abstuvieron de asociar a éste sus nombres<sup>25</sup>.

#### Un asomo del problema

En aquellos países social y políticamente más atrasados, una aproximación entre literatura y mujeres fue con fre-

cuencia una misma cosa con los impulsos patrióticos por la construcción de una identidad nacional. Es el caso de las novelas hispanoamericanas como *Tabaré*, *Cecilia Valdés*, *Amalia* y *María*<sup>26</sup>. Por su parte, Alemania se encuentra en proceso de gestación de una literatura nacional en cuya base no había una nación unificada, cuestión que potencia las circunstancias de la *Ifigenia*, de Goethe; de la *Thusnelda*, de Kleist o la *Judith*, de Keller<sup>27</sup>. Caso particular fueron los narradores rusos del último cuarto del siglo XIX, que al filo de una ideología populista, cuestionan los retrógrados valores y prácticas patriarcales antiguos. Allí están las muchachas creadas por Ostrovski, enfrentadas siempre con padres autoritarios y enemigos de cualquier libertad. Véanse su *Corazón ardiente* o *La sin dote; ¿Qué hacer?*, de Chernichevski o *Los hermanos Karamázov*, de Dostoyevski. En España, el fenómeno descrito no es menos complejo y se determina también, en gran medida, conforme al contexto histórico en el que se produce. Se puede considerar a Benito Pérez G. (1843-1920) como el cronista de la vida cotidiana —esa vida cotidiana en tantos aspectos reñida con la modernidad europea— de la restauración española<sup>28</sup>. La mayoría de sus obras oponen dos mundos: el tradicional-religioso y el moderno-liberal; y en esta dicotomía antitética se inscriben sus personajes y situaciones. Así, por

<sup>19</sup> En opinión de Hauser "nada estaba tan bien calculado para servir de base a la idealización de la clase media, como la institución del matrimonio y la familia", op. cit., p. 108.

<sup>20</sup> G. Luckács: op. cit., p. 58.

<sup>21</sup> Con los personajes literarios femeninos ocurre un proceso inverso al señalado por Lucien Goldmann en los personajes masculinos. Cf. *Para una sociología de la novela*, pp. 15-36; Ciencia Nueva, Madrid, 1967.

<sup>22</sup> Manuel Castells: *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, p. 20; Alianza Universidad, Madrid, 1986.

<sup>23</sup> Cf. Beatriz Maggi: *El cambio histórico en William Shakespeare*; Letras Cubanas, La Habana, 1985.

<sup>24</sup> Perry Anderson: *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica*; Amagrama, Barcelona, 1977.

<sup>25</sup> Sugerentes análisis acerca de estas narradoras en Virginia Woolf: *Una habitación propia*; Seix Barral, Barcelona, 1980; y Eva Figes: *Actitudes patriarcales. Las mujeres en la sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

<sup>26</sup> Cf. Evelyn Cherpak, "La participación de las mujeres en el movimiento de la independencia de la Gran Colombia, 1780-1830" y Cynthia Jeffres, "Educación, filantropía y feminismo: Partes integrantes de la femineidad argentina, 1860-1926", en Asunción Laurin (comp.): *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*; Fondo de Cultura Económica, México, 1985; y Mirta Yáñez (comp.): *La novela romántica latinoamericana*; Casa de las Américas, La Habana, 1978.

<sup>27</sup> Luckács: *Realistas alemanes del siglo XIX*; Grijalbo, 1970.

<sup>28</sup> Una descripción de importantes claves socio-políticas y culturales de este período en Juan A. Hormigón: *La política, la cultura, el realismo y el pueblo*; Alberto Corazón Editor, Madrid, 1972.

#### NO HA LUGAR

"Esas son opiniones del general Matthei. La Constitución no será modificada por ahora."

Almirante José T. Merino; *La Epoca*, Santiago de Chile, 11 de mayo de 1988.

ejemplo, en *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Fortunata y Jacinta*. Sus novelas, a contrapelo de la evolución histórica, exponen el destino cerrado de la mayoría de sus personajes femeninos; ninguna tiene la menor posibilidad de elección, sino que todas parecen prisioneras de un circuito predeterminado; ellas trascienden su propia identidad y se convierten en portavoces de instituciones y grupos sociales ligados al *ancien regime*. Por más polémico que sea el punto de vista galdoseano (¡imaginemos qué trato le pudieron dispensar las feministas de la época al autor y su obra!) subyace en él un asomo del problema de la transformación de los tradicionales patrones emocionales de la mujer sujeta al dominio doméstico, a la cuestión de que este dominio de lo privado presenta una sensibilidad extrema a los predicamentos de orden conservador, aspecto sin duda significativo cuando se trata de la participación-incorporación de la mujer en la totalidad social. Lo que Pérez Galdós apreció menos es que la razón de ser de esta proclividad al conservatismo no radica en supuestas esencias femeninas sino en una pura construcción social, cultural y política.

Hasta hace muy poco —observa Eva Figes— la mujer no tenía voz pública. Estaba excluida de la educación y de los asuntos públicos: un inmenso y negro océano de silencio dilatándose hacia el pasado. Y esto con frecuencia se enarbola como prueba de la natural aversión de la mujer a la expresión o a la acción pública, su acuerdo fundamental con el papel tradicional que desempeñan... Sólo en el siglo XVIII y, más concretamente, en el XIX, empezó a hacerse corriente que las mujeres expresaran su pensamiento, como consecuencia del mayor ocio y de la mayor difusión de la ilustración. Y en cuanto hubo una minoría considerable de mujeres de expresión articulada, al tiempo asomó el feminismo su odiosa cabeza<sup>29</sup>.

**A decir verdad**

Todo planteo político-ideológico, por mínimo que sea, surge desde un ámbito histórico-cultural propio y aparece teñido por su signo. En el clima de trans-

formaciones totales que el siglo XIX proporcionó, la literatura no se libra de "esas emociones fuertes que la vida ha prodigado". La rebelión femenina es una de ellas y es posible palpar su presencia en los criterios sobre temas y modos de ejecución de la literatura y demás artes. Y todo ello a pesar de los mismos escritores decimonónicos. Ellos comparten, sin lugar a dudas, la mayoría de los supuestos imperantes sobre los sexos, acerca de la separación de las esferas públicas y privadas, de la domesticidad de la mujer y la supremacía masculina. La frase de Flaubert "*Madame Bovary, c'est moi*" es verdadera en este sentido. Quizás todos ellos harían suyas las palabras de Ibsen, quien ante un auditorio de sufragistas en 1898, confesaba: "lo que he escrito respecto a la mujer lo he escrito sin designio tendencioso... no me reconozco el honor de haber hecho nada por la emancipación

de la mujer. A decir verdad, ni siquiera comprendo lo que se entiende por eso..." Estamos, pienso, ante un fenómeno a la vez social y biográfico-literario o personal de los escritores. En todo caso, recordemos a George Sand, George Eliot y Fernán Caballero, mujeres novelistas, obsesionadas por la servidumbre de su género, que tratan de ser como hombres y, usando nombres masculinos, disponer de la misma libertad de acción y de iguales condiciones para el comportamiento.

Una vez C. Wright Mills sugirió que las injusticias personales tenían que ser traducidas en términos sociales para permitir identificar sus raíces y combatir las. El movimiento de mujeres del siglo XIX contribuyó en gran medida a generar esta dinámica en una porción importante de la literatura decimonónica, masivamente escrita por hombres. (X)



<sup>29</sup> Eva Figes, *op. cit.*, p. 162. Cf. Agnes Heller, "La división emocional del trabajo", *Nexos*, México, 1980.